

los que hacen frente á los vicios, al lujo, á la vanidad, al desenfreno miserable del otro sexo? ¿Dónde, entre vosotros, los que comunican á esos infelices la luz del desengaño, los que se arman de un justo celo viendo á Dios ultrajado, quebrantados sus preceptos, su ley santa violada, sus enemigos victoriosos, y una multitud de almas desgraciadas víctimas preparadas á la ira de Dios? En medio del diluvio de vicios que inunda casi toda la tierra, apenas se halla un Noé que se dedique á proveer asilo; en medio de tantos hombres temerarios, que osan blasfemar de Dios con audacia, apenas se halla un Moisés que castigue á estos sacrilegos; en medio de tantos inobedientes, que violan la ley santa por gusto y por costumbre, apenas se halla un padre como Job, que por ellos ofrezca sacrificios.

Omnipotente y sempiterno Dios, renovad en nuestros días el ministerio de Antonio; suscitat un sacerdote fiel, sábio, celoso, prudente, caritativo, que trabaje con solicitud por la extension de vuestra religion y pureza de vuestro culto. Conozcan todos por vuestro amor que sois el Dios que hace estremerse los desiertos, y que solo hay salud en Vos, que sois la vida y la resurreccion.

Y vos, Santo mio, desde el sólio de grandeza á que os elevó el buen empleo de vuestros talentos y vuestro ardiente celo por la causa de Dios, no os desdénéis de arrojar una mirada favorable sobre vuestros devotos; alcanzadnos una gracia victoriosa, que disipe las nubes de nuestro enfundimiento y sujete la rebeldia de nuestro corazón; para que todos conozcamos y amemos á Jesucristo, sacrificado por nuestro amor, cuyo augusto nombre sea ensalzado y alabado desde el Oriente al Occidente, desde el aequino al mediodia, por todas las generaciones y todos los siglos. Amen.

PANEGÍRICO

DE SANTA APOLONIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Me respectauerunt peccatores ut perderent me: testimonia tua intellexi.
Me buscaron los pecadores para perderme, y yo entendí los testimonios de tu ley.

(SALMO 118, v. 35.)

Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdicion. Asi lo dice el oráculo sagrado, asi lo vemos y palpamos, asi lo publican las gentes todas, y esta es la verdad. Porque ¿no es cierto, que el mundo está lleno de falsas ideas que nos preocupan, de falsas brillanteces que nos engañan, de apreisionés falsas que nos alucinan, de falsos principios que nos deslumbran, de falsas máximas que nos pervierten, y de perniciosas costumbres que nos trastornan y conducen por un camino opuesto al de la salvacion? Falsos bienes, falsos honores, falsos deleites, falsos gustos; falsa libertad, falsa paz, y felicidad quimérica... ¿Notais otra cosa en la sociedad de los pecadores, en las gentes del mundo y en toda esa multitud de necios, que ofreciendo incienso á las pasiones, despreciando la ley santa, condeñando todo lo que asusta á los sentidos, cautivando al Evangelio, y haciendo triunfar al lujo, al deleite, á la ambicion y al orgullo, parecen destinados á demostrar, qué todo es en la tierra vanidad de vanidades y afliccion de espíritu, como lo dice el Sábio? Error conocido de todos es el andar descaradamente por los caminos que llevan al precipicio, y grande locura el seguir una moral mil veces reprobada por Jesucristo; y sin embargo, esta es la conducta de los que, esclavos de sus pasiones, no viven sino segun sus deseos. Desengañémonos: seámos juiciosos, escuchemos la voz de la razon ilustrada con las luces de la fé, que nos dice, que en temer á Dios y en observar sus preceptos, consiste toda la grandeza del hombre; y convenzamos, en que una vida ociosa y regalada, mundana y dada al delei-

te, divertida y entregada á los placeres de la concupiscencia, es la que ensancha y allana el camino de la perdición, y en que ella conduce infaliblemente á los abismos del Infierno. ¿Puede negarse esto? no: porque estas verdades tienen su asiento en los corazones de los fieles, y nadie puede negarlas. Para condenarse no hay más que seguir á la muchedumbre desenfrenada; dejarse llevar por las doctrinas, consejos y ejemplos de los sábios y prudentes del siglo; y esto es lo que quiere evitar en este día nuestra madre la Iglesia, proponiéndonos las virtudes de una santa que nos llama con su ejemplo, para que siguiendo sus pasos, logremos llegar como ella al monte santo de la perfección evangélica, en que está la puerta del Cielo.

Santa Apolonia es la santa que ha escogido Dios para que nos guie por el camino estrecho que conduce á la vida eterna. Ella, superior á los atractivos de las pasiones, y siempre adicta á los preceptos y consejos del divino Maestro, no declinó á la derecha ni á la izquierda, siguió constante por el camino recto de la virtud, venció gloriosamente al mundo, sus pompas y vanidades, vivió unida á Jesucristo, padeció y murió por Él; y al fin de su vida pudo decir con el gran Profeta: «Me acometieron, Señor, los pecadores para perderme; pero con vuestra gracia entendí los testimonios de vuestra ley. ¿No seríamos todos felices si pudiéramos decir otro tanto? A proporcionarnos esta dicha se dirigirá todo cuanto salga de mis labios en este breve rato, si consigo la gracia que necesito. A. M.

Toda la ley y los profetas, dice Jesucristo, se reducen á amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismo. Amemos pues á Dios como le amó santa Apolonia; tengamos la fé, la esperanza y la caridad que tuvo esta santa; cumplamos con los divinos preceptos siendo humildes, recogidos, dedicados á la oración, al ayuno y penitencias propias de los hijos de Jesús; vivamos, en suma, piadosa, sóbria y justamente, como nos lo encarga el Apóstol y nos lo enseña con su ejemplo la prodigiosa virgen y mártir, cuya memoria celebra la Iglesia santa en este día; y yo os diré en nombre del Señor, que este es el camino que conduce á la vida eterna, que encontramos en Él confiados en la gracia; y que peleando, venciendo y triunfando con las armas de la milicia cristiana, veremos caer á nuestro lado mil enemigos y á nuestra diestra otros diez mil, sin que percibamos el menor daño del infernal dragón, que rujó por devorarnos. Arda enhorabuena el mundo en partidos, disturbios y revoluciones espantosas; levántense los reinos contra los reinos, las naciones contra las naciones y las gentes contra las gentes; prenda la tea de

la discordia entre los hombres, ármense unos contra otros, lleven la disolución por todas partes, y llénelo todo de horrores y desastres. Salgan las furias infernales, infesten la tierra y no se vean en ella más que la iniquidad, la maldición, las abominaciones, vicios y pecados de la bestia, que vió el Angel de Pátmos en su Apocalipsis. Véase si se quiere todo el universo, como se vió Alejandria cuando á impulsos de un profeta falso, en el año de 248, se enfureció el pueblo contra los cristianos, teniendo por un deber de conciencia la sedición, la crueldad, la carnicería, el robo, el incendio, y todo el diluvio de desacatos y excesos que lleva consigo un motín, promovido bajo la influencia de los que con tono enfático aseguraban, que la ciudad iba á perecer, si quedaba en ella un solo adorador de nuestro Redentor; y caigan bajo el huracán de la oligarquía más espantosa respetables ancianos, como Metro; piadosas matronas, como Quinta; y vírgenes llenas de intrepidez y heroísmo, como santa Apolonia; que todo esto será tenido por un rasgo digno de la sabia Providencia, que vela sobre su Iglesia; servirá para demostrar, que en donde no está Dios todo es horror, todo miseria, todo confusión, y todo infierno; y patentizará á los hombres de todos los tiempos y lugares, que si en los tumultos populares padecen los inocentes, son vejados y perseguidos los virtuosos, y tratados con ignominia los que son fieles á su Dios, también este divino Señor se encarga de honrarlos, prestándonoslos como tipos, ejemplares y modelos de la conducta que debemos observar en las sediciones, alborotos y motines con que suele el Cielo castigar á los pueblos y probar á los justos, como es de verse en la esclarecida santa Apolonia; que habiendo sido un asombro de valor y constancia aun á los mismos paganos que la martirizaron, es la admiración de todos los siglos, y la maestra encargada de enseñarnos el camino que conduce á la patria de la felicidad eterna.

Con efecto; santa Apolonia, ilustrada por el Espíritu santo que la poseía, se condujo en medio de la populosa ciudad de Alejandria como Daniel en Babilonia; cumpliendo con los deberes de su religion, y demostrando á los fieles, y muy especialmente á las doncellas, que es fácil á los hijos de la gracia el salvarse en el bullicio de la corte y al lado de las abominaciones é impurezas de los pecadores. Fabricó dentro de su corazón una especie de retiro, en que libre de todo comercio humano, y exenta de la hulla é inquietud de las pasiones, lograba aquel estado de tranquilidad y sosiego en que habla Dios al alma, y el alma oye y entiende la voz de su Dios. Sabía que sin este recogimiento interior, que sin la soledad del corazón,

está el alma tan disipada, que apenas puede escuchar la voz que dirige el Cielo á los que vigilan sobre sus almas. Temia la llegada del divino Esposo á la media noche, en que solo las fieles y castas esposas que le esperan en el silencio y sosiego de ella, son admitidas al celestial banquete; y de aquí, el vivir siempre en presencia de su Dios, en oración perpetua, en ayunos y penitencias, en la más exacta práctica de las virtudes propias de su estado. Era la veneracion y el ejemplo de los cristianos de Alejandria, contenia con su compostura y respetable continente á los licenciosos y libertinos, animaba á los fieles á la perseverancia, los edificaba; y señalándoles el camino de su salvacion, los estimulaba á que le siguiesen, sin temer los obstáculos que oponen las pasiones y los enemigos de nuestras almas. ¡Felices mil veces los que siguen los pasos de santa Apolonia! ¡Dichosas las almas que se la proponen por modelo y la imitan en su conducta! porque serán un decado de virtudes evangélicas, y caminarán imperturbables por las sendas que conducen á la gloria de las dichas, venturas y felicidades.

Pero como los actos virtuosos de santa Apolonia eran aceptos á Dios, fué necesario que los probase la tentacion, y que en ella apareciese todo su mérito. Ha indicado, que en sus dias hubo en Alejandria una sacrilega sedicion contra los cristianos; y ahora añado, que enfurecidos los gentiles con la sangre de los mártires, y avezados con el exterminio y con la devastacion, no pensaban más que en la carnicería, en la fiera, en la crueldad, y medios de quitar la vida con saña infernal á los que confesaban la divinidad del verdadero Dios del universo; que entrando tumultuariamente en las casas de los fieles, los saqueaban, los robaban y abrasaban, despedazando ó degollando á sus dueños; que llegaron, al fin, á la casa en que santa Apolonia se ofrecia perpetuamente á su Dios, con deseos de padecer, sufrir y morir por el que amaba su alma, y que fué hallada digna de dejar señalado con su sangre el camino que conduce al Cielo. Se apoderaron aquellas furias infernales de la santa doncella, determinan usar con ella de todo el rigor de que son capaces los ministros de Satanás; é irritados con la firmeza de su fé, con la viveza de su esperanza y con el fervor de su caridad, la quebrantan todos sus miembros, la saacan con violencia los dientes y las muelas, la dejan tendida en un lago de sangre, y convocan á consejo para deliberar sobre el género de muerte que la habrian de hacer sufrir. ¡Qué serenidad! qué gozo y alegría no manifestó en este lance nuestra santa, al considerarse digna de padecer por su divino Esposo! Venid, hombres del mundo, venid á ver á santa Apolonia revolcada en su sangre, y á sus

verdugos formando proyectos de crueldad; hacéd comparaciones y decidme, si los placeres de la gracia no son más sólidos, reales y verdaderos que los de los pecadores. ¿Ofrece el mundo á sus adoradores la ciencia de alegrarse, de tener placer y gozo en los más atroces tormentos, y de percibir un destello de la felicidad eterna en medio de las mayores tribulaciones, como la gracia de Jesús á los que le confiesan y adoran en espíritu y en verdad? Reflexionado. La prueba del fuego pareció á los tiranos de santa Apolonia que podria vencer su constancia, y harcela renegar de Jesucristo; y unánimes y conformes determinan quemarla viva. La intiman esta irrevocable sentencia; la proponen la alternativa de blasfemar y negar á Jesucristo su divinidad, ó de arrojarse á una hoguera encendida para morir abrasada en ella; y santa Apolonia entra en consejo consigo misma como para reflexionar sobre la elección. Se ofrece de nuevo á su divino Esposo, pide luces al Espíritu Santo, éste la inspira; la santa corre, se arroja al fuego, y en él queda abrasada. Los ángeles llevan su bendita alma á la corte celestial, en donde es recibida por Jesús, é inundada con aquel torrente de delicias que sale del trono del Cordero sin mancha; los paganos quedan asombrados con tanto heroismo, y los fieles consolados al ver el poder y bondad de un Dios, que siendo admirable en sus santos, convida á todos á entrar y seguir por los caminos de una virgen, que pudo decir al Señor como el real Profeta: «Me esperaron, Señor, los pecadores para perderme; pero yo entendí los testimonios de vuestra ley, y con vuestra gracia la cumplí.»

Ahora bien, amados oyentes. ¿Habrá entre vosotros quien pregunte como el fariseo del Evangelio: *Qué haré para conseguir la vida eterna?* Yo le diré: ahí tienes el Evangelio, que es un libro divino y la regla segura de nuestras operaciones. Lee, practica lo que leyeres; no te contentes con saber lo que Jesucristo enseñó; obra lo que él te manda; y por si esto te parece imposible, eleva tu consideracion hasta el Cielo, y allí verás una multitud de santos de tu mismo estado, condicion, sexo y ocupaciones, que vencieron, triunfaron y reinan con Jesús en la gloria, porque guardaron sus preceptos: imítalos, y tu felicidad será como la suya. Ama á Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu espíritu, y al prójimo como á ti mismo, y tente por dichoso y bienaventurado. ¿Se necesita de mucho estudio para aprender el secreto de ser virtuosos en esta vida y eternamente felices en la gloria? Escrito está: «que es bienaventurado aquel que lee, que oye y que observa lo que está escrito en el Evangelio;» y santa Apolonia nos sirve de ejemplo, de guia y de modelo

para practicarlo así. Ella vivió siempre adicta al cumplimiento de sus deberes evangélicos; peleó, venció y triunfó, porque amó á su Dios; fué llevada entre músicas celestiales á la gloria, porque jamás dejó los caminos de la salvacion; y desde el trono de su felicidad intercede con nuestro Dios, para que nos proteja y defienda en este valle de lágrimas, y nos haga dignos de hacerla compañía en el Cielo. Con que imitémosla en sus virtudes, hermanos míos, pídamosla que nos favorezca en nuestras necesidades, que nos socorra en nuestras dolencias, que nos ampare y dirija en nuestros conflictos, que nos alcance la gracia que todo lo puede, y confiemos en que nuestro Dios nos llevará por el camino de la salvacion á la gloria eterna. que á todos deseo. *Amen.*

PANEGÍRICO
DE SAN ATANASIO, PATRIARCA DE ALEJANDRIA.

Vas electio est mihi iste, ut portet nomen meum: ego enim ostendam illi quanta oportet cum pro nomine meo pati.
Este es un instrumento elegido por mi para llevar mi nombre: yo le haré ver cuantos trabajos tendrá que padecer por mi nombre.

(ACT. APOST. 9, v. 15.)

Cuando el Señor envió á Ananías á buscar á Saulo, trastornado en otro hombre por la gracia, le dijo: Este es un instrumento que yo he elegido, para que lleve la gloria de mi nombre y la anuncie á los gentiles y á los príncipes del mundo; yo le manifestaré lo mucho que ha de padecer en esta grande empresa. Casi en los mismos términos habló el Señor al abad Pacomio, cuando Atanasio fué promovido á la silla patriarcal de Alejandria: Yo le he puesto, dijo, por columna y por lumbrera de la Iglesia: muchas tribulaciones y calumnias tendrá que padecer en defensa de la fé y de la virtud; pero, sostenido por la gracia, vencerá todas las tentaciones y anunciará á las iglesias la verdad del Evangelio.

Con efecto; Atanasio es un vaso de eleccion como Pablo: el Señor le ha confiado como á aquel las más importantes empresas; ha sido el oráculo de su siglo, la columna de la fé, el modelo de la perfeccion para todos los estados, en los cuales supo unir con el más precioso enlace el valor, la virtud y la seguridad en medio de los peligros. Si se mira escondido en los desiertos, parece el dechado de la vida eremitica; si en el candelero de la prelacia, parece que han resucitado en él los primeros pastores del cristianismo. Si se hace reflexion sobre los sucesos de su vida, parece que resucitó en él el espíritu y la vida de Pablo, porque representó como él á Jesucristo, á su gracia, á su Iglesia y á su Evangelio; siendo mártir ardiente de

la cruz, doctor ilustrado del Evangelio, apóstol universal de la Iglesia, y obra perfecta de la gracia.

Parece que Dios, admirable en sus santos, ha querido hacerse admirable por un nuevo camino en Atanasio, formándole con el poder de su brazo como un prodigio compuesto de muchos milagros. Los milagros se llaman en la sagrada Escritura virtudes, señales y prodigios; virtudes, porque son sobre las fuerzas de la naturaleza; señales, cuando manifiestan alguna cosa sobrenatural; y prodigios, cuando son en un grado de excelencia extraordinaria. De estas tres maneras son admirables los santos, ó Dios es admirable en ellos; admirables por las virtudes que los elevan sobre la naturaleza; admirables como señales visibles que manifiestan las riquezas invisibles de la gracia que Dios ha derramado abundantemente en ellos; y más admirables como prodigios, cuando su santidad es más brillante, cuando Dios nos propone en ellos aquel todo, formado de porciones que parecen contrarias, cuando hace nacer la vida de la muerte, la luz de las tinieblas.

Entre los muchos justos conducidos por estas extraordinarias sendas, hay en Atanasio motivos especiales para que le miremos como un prodigio que Dios presentó á los ojos del mundo: elegido para sostener los intereses del mismo Dios, defender la pureza de la fé, y hacer en todo la causa comun de la Iglesia, entra en una carrera la más dura y escabrosa de persecuciones y trabajos. Fugitivo casi siempre por la fuerza y la violencia de la tempestad, desterrado de su silla, separado de su iglesia, oculto en los desiertos y en las cavernas de la tierra, su vida forma en los Anales eclesiásticos la época mas extraña, y de que se hallan pocos ó ningun ejemplar; pero, si los dias de esa preciosa vida no se parecen unos á otros, él es, en tanta vicisitud y contradiccion, siempre semejante á sí mismo; y en virtud del que le ha enviado, pelea valerosamente las batallas, anuncia á la casa de Israel sus iniquidades, restablece la observancia de la ley, repara las ruinas del templo de Dios, defiende la divinidad de Jesucristo, se opone á los progresos de una herejía furiosa, á los edictos injustos de los emperadores arrianos, á los enredos de la corte de Constancio, á los artificios de los herejes más astutos, á las decisiones de sus conciliábulos; y sin escuchar las promesas ni asustarse por las amenazas, rompe los lazos que se han tendido para sorprender la inocencia, profesa la fé de Nicea en el Oriente y en el Occidente, la predica en Alejandria, y la conserva en Egipto.

Para poner en orden esta multitud de acciones gloriosas, para comprender bajo una idea sencilla la vocacion, los trabajos, las vic-

torias, los sucesos del incomparable Atanasio, fijémonos en las palabras que oyó el abad Pacomio: *Padecerá, vencerá, anunciará. Padecerá* con valor por la gloria de Dios, cuyo celo le consume; *vencerá* en todas las batallas, porque sus enemigos no podrán resistir la sabiduría y el espíritu que habla en él; *anunciará* la verdad del Evangelio, porque Dios le ha enviado para producir frutos permanentes. Todo lo hará manejando diestramente las armas de la virtud de Dios, que le ha dado un celo intrépido, una sabiduría vencedora, unos sucesos gloriosos. Por aquí propondré las empresas del gran patriarca de Alejandria; pero, para hablar de ellas dignamente y juntar á su elogio nuestro provecho, necesito é imploro los auxilios de la divina gracia. A. M.

Solo el celo de la gloria de Dios tiene las llaves de la inmortalidad; y cuando limitado á las aclamaciones de los hombres produce un esplendor frívolo y pasajero, el Señor le dá una duracion y un mérito, á que jamás arribarán los triunfos del orgullo. Dispensador absoluto de la verdadera gloria, sabe derramarla sobre las cosas más viles á los ojos del mundo, levantando pirámides elevadas y arcos triunfales sobre los desiertos, los suplicios y la muerte que se padecen por su nombre; disponiendo que la misma mano que pretende quitar la vida, immortalice la memoria, y que ponga sobre la cumbre del honor al que proscribire de los fastos del mundo. El nombre de Atanasio nos recuerda estos triunfos. Empeñada la Providencia en engrandecerle á la vista de Dios y de los hombres, no le presenta sobre la tierra sino para dar un admirable espectáculo á todos. Desde luego se reconoce en él un celo firme para emprender grandes cosas por la gloria de Dios; celo que se estrena con el mayor cuidado en su propia santificacion; celo que se manifiesta con el mayor valor en la santificacion de sus prójimos.

Dios conduce á este justo y le guia por los caminos rectos, le muestra la grandeza de su reino, le comunica la ciencia de los santos, le hace la admiracion de los ancianos como á Daniel: él hace el objeto de su meditacion los mandamientos santos; y así, en la edad de veinte años, entiende más que todos los que le han enseñado. Oye hablar del grande abad Antonio, cuya fama se habia extendido por todo el Egipto, y determina visitarle en su soledad, no por ver al hombre extraordinario, sino por aprender del anacoreta perfecto. Antonio le recibe con agrado, condesciende con sus piadosos deseos; ¿y quién duda que el Cielo le ilustraria sobre los grandes designios á que destinaba aquel jóven? Atanasio queda por algun

tiempo en su compañía; y bajo la dirección de este hábil maestro, se perfecciona en la piedad, abraza la vida ascética, que continúa después, y sale de allí formado en todo género de virtudes y santos ejercicios, sale instruido como deben serlo todos los que se destinan al gobierno de la Iglesia.

¿Y cuál era entonces el estado de esta esposa amada de Jesucristo? Estado de un vivo dolor, de una profunda amargura. Las impiedades de Arrio, sostenidas por muchos obispos, favorecidas por algunos príncipes, acreditadas por un sinnúmero de conciliábulos, disfrazadas bajo unas concesiones equívocas, persuadidas por los resortes de la más fina política, adoptadas por hombres ambiciosos, que triunfaban á la vista de sus sucesos; los obispos católicos desterrados de sus sillas, los arrianos en posesion de las más grandes iglesias. Esto es lo que ve Atanasio desde que abre los ojos: la nave de S. Pedro agitada con furiosas tempestades, la viña del Señor hollada y demolido por sus enemigos, el pueblo escogido expuesto á la seducción; ve este abismo de males y gime como Ezequiel, se inflama su celo como el de Matatias, y quisiera aplicar el remedio á costa de sus trabajos, de sus fatigas, de su sangre, de su vida. A la tierna edad de veinte años escribe un admirable tratado sobre la Encarnacion del Verbo, que hizo las delicias de los católicos, y causó gran terror á los herejes. Promovido á las sagradas órdenes, y empleado por el obispo Alejandro, asiste con él al concilio de Nicea. Allí brilla su celo en defensa del mismo obispo su maestro; allí brilla su valor resistiendo á Arrio y á los protectores principales de este herejaria y de sus errores. La penetracion con que descubre sus artificios, la delicadeza con que desenreda sus sofismas, la sagacidad con que desconcierta sus medidas, llama la atencion, el respeto y aun la admiracion de aquellos padres congregados, que siendo tan sábios, tan celosos, miran al diácono Atanasio como el azote de los arrianos y como una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia.

Como el Señor le habia escogido para que puesto en el candelero diera luz á todos, nada importa que él se retire á un lugar ignorado de los hombres, cuando sabe que el obispo Alejandro, cercano á su muerte, le ha declarado por sucesor suyo en la silla de Alejandria. La mano de Dios le sacará del retiro, le presentará á los obispos de Egipto y al pueblo católico que le busca; será consagrado entre las aclamaciones y el júbilo de los fieles. ¿Qué no diria yo aqui, si lo permitiera el tiempo, de sus primeros cuidados, del arrego de su propia casa, de la distribucion de sus horas, de la inversion de sus rentas, de sus ejercicios de oracion y de ayuno, de su cuidado en

hacerse dechado y ejemplar del rebaño, de su solicitud en apacientarse sus ovejas, en curar las enfermas, fortalecer las débiles, reducir las extraviadas, guiar á todas, traerlas en su seno, pedir por ellas al Príncipe de los pastores, en hacerse el mediador, el reconciliador de Dios con el pueblo en el tiempo de la ira, como el caudillo Moisés?

Pero entre todos esos dones con que el Cielo le ha favorecido, sobresale su celo como el sol entre los astros. El presbítero Arrio, á quien se habia confiado el cuidado de una parroquia, se transforma de pastor en lobo; embriagado de sus luces, de su elocuencia, de su imaginacion, se hace cabeza de partido, comienza á declamar contra la divinidad de Jesucristo. Atanasio levanta su voz, clama sin cesar, arguye, alienta á los obispos á combatir, á hacer frente al error: él se presenta en donde es menester, asiste á donde es más urgente la necesidad; se deja ver en todas partes, y en todas trabaja, instruye, reprende, declama con un celo infatigable. ¿Se rendirá este celo á los tiros de sus enemigos? Todos se reunen contra él, como que en él solo se refunden la fuerza, la sabiduria, la elocuencia de todos los obispos ortodoxos; como que vencido él, piensan establecer impunemente sus errores. Atanasio sufre la tempestad mas deshecha que levantó la herejía para sumergirle en sus olas; pero él dirige su nave por el impulso de Dios y no perece. No hay calumnia que no se suscite contra él; no hay crimen horroroso que no se le impute; pero la constancia de Atanasio no se dobla; el médico que ordena remedios dolorosos, no desiste por los gritos del paciente, ni un juez abandona la causa por las blasfemias del facineroso. Vióse el celo de Atanasio igualmente firme, resuelto, infatigable en una vicisitud la mas extraña: se mudaban los imperios, los sucesos tomaban aspectos diferentes; pero el valor, la resolucion de Atanasio siempre son los mismos. Su celo se extiende á todo lo que es para la gloria de Dios: al propio tiempo que confunde los errores y hace triunfar la religion católica de la herejía y del cisma, es un director que nada omite para apartar al justo del pecado y conducirlo á la más alta perfeccion; es un pastor que corre en busca de la oveja perdida, y la saca del precipicio á que la habian arrojado infelizmente sus pasiones; es un sabio que enseña á los grandes y á los ricos la humildad, á los pequeños y á los pobres la paciencia cristiana; es un maestro que preserva á los sábios de las ilusiones que puede causar la ciencia, y que disipa las tinieblas de los ignorantes por sus luces saludables; es un apóstol que se aplica á cultivar las plantas tiernas y á formar á Jesucristo en sus corazones; y por decirlo todo en pocas palabras, el infiel y el ateista, el hereje y el libertino, el justo y el

pecador, el rico y el pobre, el sábio y el ignorante, el príncipe y el vasallo, el hombre perfecto y el niño débil y sin experiencia, todos son objetos de su celo. Padece en estas empresas, como dijo el oráculo: pero vence por la sabiduría que las conduce.

Si la gracia distingue á cada santo por alguna virtud particular que hace su propio carácter, la sabiduría cristiana y sobrenatural hace el carácter de Atanasio. El la pide á Dios: pide aquella sabiduría que Salomon deseaba para distinguir el bien del mal, la luz de las tinieblas, la verdad del error. El Señor se la envía de lo alto, conforme á los designios que tenía sobre este su siervo y ministro; y junta esta sabiduría á su celo, ¡qué acciones tan gloriosas serán las de Atanasio! El celo sin la sabiduría hace temerarios; la sabiduría sin el celo hace indolentes y cobardes; pero la sabiduría y el celo juntos forman el héroe cristiano. Es menester un celo infatigable para entrar en las grandes empresas; es menester una sabiduría despejada para conducirlas: veamos la sabiduría de Atanasio despues de haber visto su celo. He dicho, que pide á Dios la sabiduría; pero ¡con qué discrecion! Sabe que Dios, que hace algunas veces milagros, no los hace siempre, y que el hombre que debe obrar en todo esperando el auxilio del Señor solo, debe trabajar de su parte. Con estas miras tan santas, nada omite por hacerse útil á la gloria de la religion y al bien de las almas; se aplica, desde los primeros años, á tomar todos los conocimientos propios del ministerio para que Dios le ha elegido. Busca la sabiduría de los antiguos inspirados de Dios; se detiene en los profetas, conserva las relaciones de los héroes de la religion, medita las parábolas, repasa los Proverbios, estudia su sentido: no estadia únicamente por ser sábio, eso seria curiosidad; no trabaja por adquirir reputacion en el concepto de los hombres, eso seria vanidad; no pretende vender en provecho suyo su ciencia, eso seria un tráfico vergonzoso; estudia para su propia santificacion y para la edificacion de sus prójimos, para hacerse útil y no considerable, para servir á la Iglesia y no á su ambicion, para la gloria de Dios, objeto el más poderoso, el más dulce, á quien consagra todas sus tareas, todas sus luces. Reconozcamos esta verdad por los efectos. ¿En qué emplea su ciencia y sus raros talentos? En hacer conocer á Jesucristo, extender su reino, buscando la conversion y no el gusto de las gentes; arrancando suspiros del corazon, y no mendigando aplausos; dejando á sus oyentes en una santa y generosa compuncion, y no en una admiracion seca y estéril. Emplea su ciencia en defender la divinidad de Jesucristo, negada y combatida por los arrianos, en sostener la verdad, la pureza de los miste-

rios de nuestra santa fé, confundiendo los partidarios del error; en volver al rebaño las ovejas que se habian separado; en inflamar y confirmar á sus hermanos. Sus adversarios no pueden resistir al espíritu divino que habla en él: están persuadidos de su doctrina, convencidos de sus argumentos, penetrados de su suavidad, confundidos de su inteligencia; y no pudiendo volverse contra la doctrina, se vuelven contra su doctor.

Ninguna prueba acredita mejor de vencedora la sabiduría de nuestro Santo, que esta contradiccion que sufre de parte de los enemigos de la Iglesia. Pero ¿acaso debilitan su celo estas persecuciones? No por cierto. La promesa del Señor se verifica: yo os daré una sabiduría á que vuestros enemigos no podrán resistir. Sea Atanasio entregado á la altura de un mar proceloso, sepúltete entre sus ondas la tempestad, lleguen las aguas de la tribulacion hasta su alma; multiplíquense sobre los cabellos de su cabeza los que le aborrecen, sea unas veces depuesto de su dignidad, otras veces desterrado de su silla; obliguesele á andar fugitivo por los desiertos, confínesele en Tréveris, esté escondido en una casa particular (ó lo que causa horror) sepultado por cuatro meses en el mismo sepulcro de su padre; ocúltese por espacio de cinco años entre las penalidades de una seca cisterna; emprenda, agitado de la borrasca más furiosa que se habia visto, la peregrinacion de una gran parte de la tierra: muchas son las tribulaciones de este justo; pero en todas vence. ¿Quién le conforta? ¿Quién le sostiene? La sabiduría verdadera, la sabiduría triunfadora, que consiste en el temor de Dios, en el horror al mal, en la fé viva, en la esperanza firme, en la caridad ardiente. La fé le sustenta, la esperanza le consuela, la caridad le anima; y así, está alegre en la adversidad y es dichoso en medio de las más grandes tribulaciones. Atanasio se enoja contra el vicio y el error; pero su mansedumbre arregla la correccion, destierra las expresiones ásperas, aparta de las reprensiones todo lo que puede ofender, y hace que se reconozcan como efectos, no de la pasion, sino de la caridad y del celo sus palabras, porque se dirigen contra la culpa, no contra la persona, porque van á corregir al delincuente, no á desesperarle. Fiel imitador de Jesucristo, sale prodigiosamente de las aguas de la contradiccion, su sabiduría vence, su mansedumbre corona los triunfos de su sabiduría. *Vencerá*: los sucesos lo acreditan.

Cuando el brazo del Omnipotente está empeñado en conducir por una brillante carrera de prodigios á estos hombres de sabiduría y de celo, son vanos todos los esfuerzos del mundo para impedir sus progresos. Dios habia manifestado que Atanasio *anunciaria á las igle-*

sias la verdad del Evangelio; es decir, produciría frutos de vida eterna, serían gloriosos sus triunfos. Y lo fueron efectivamente. Si lucha con sus enemigos, éstos se cubren de confusión; si disputa con ellos, quedan avergonzados; algunos que se muestran rebeldes en el principio, se rinden luego al calor de su espíritu, como la cera por la actividad del fuego. El Espíritu Santo habla en él á los herejes, y los convence con sus discursos; á los pecadores, y los convierte con sus ejemplos; á los justos, y los alienta; á los sábios, y los instruye; á los enfermos, y los cura; á la Iglesia, y la hace triunfar por su celo. Todos admiran á este caudillo infatigable en sus empresas. La gloria le sigue como la sombra al cuerpo. Dios le corona con los sucesos más gloriosos. Pero ¿qué gloria es esta? díreis vosotros: ¿cómo compongo yo esta gloria con la vida que hizo Atanasio? En cuarenta y seis años de pontificado apenas le encontramos en su iglesia conduciendo en paz el rebaño que Dios le encomendó; le destierran, le deponen; él huye, se oculta en los desiertos, se esconde en los sepulcros y en las cavernas de la tierra: esto es lo que hallamos en su historia. Pues ¿en dónde están los sucesos gloriosos que yo digo? Respondo que Dios guía á Atanasio, y conservándole para aliento y defensa de su Iglesia, dirige sus pasos, está con él en la tribulación, le libra de ella y le glorifica cuando es su voluntad. Si en el concilio de Tiro se le reprende como á hombre que ha errado, y se le hace estar en pie como reo; en el de Nicea y en otros se aplaude su doctrina y se le colma de elogios. Si el emperador Constancio le destierra, Joviano apetece su presencia; se consulta con sus cartas, solicita sus instrucciones y le mira como á un hombre verdaderamente apostólico. Si los arrianos no dejan piedra sin mover por desacreditarle con el supremo Pastor, el papa Julio reconoce su distinguido mérito, admira la pureza de su doctrina, y le tiene á su lado por espacio de tres años para tratar con él sobre el remedio de los males que afligen á la Iglesia. Atanasio no tiene más enemigos que los enemigos de la fé y de la virtud; los fieles verdaderos, los que temen á Dios, los que profesan la pureza de la fe, le aman, le buscan y admiran en él al enviado del Señor para reparar las pérdidas de la religion, vengar sus ultrajes, defender sus dogmas, mantener su culto y conservar sus leyes.

Atanasio puede decir como Pablo: He peleado una buena batalla, he consumado la carrera, he conservado el sagrado depósito de la fé; ya no me resta sino la corona de justicia. Fué obispo de Alejandría por espacio de cuarenta y seis años; y murió en paz á los setenta y nueve de su edad. Sus sucesos gloriosos y sus victorias se continúan

despues de su muerte. Atanasio tiene un número prodigioso de obras polémicas, históricas, morales, en que trata las materias más importantes; trata de nuestros libros canónicos, de la tradicion, de la religion verdadera, de la naturaleza de un Dios en tres personas, de la creacion y el estado del hombre antes y despues del pecado; de la encarnacion del Verbo contra los apolinaristas, de la reparacion del mundo, de la fundacion de la Iglesia, de la necesidad y eficacia de la gracia; de todos y de cada uno de los sacramentos, de los grados del ministerio eclesiástico, de la santísima Virgen, de los ángeles, de los apóstoles, de los mártires, de las virtudes; y para decirlo en una palabra, no hay materias importantes, no hay verdades dignas de explicarse á los fieles, ó para su instruccion, ó para su precaucion, que Atanasio no trate. Además de estas obras tiene una portentosa multitud de cartas dirigidas á los reyes, emperadores, obispos, sacerdotes y diáconos; á los solitarios, al pueblo, en que dá, ó la instruccion, ó la luz, ó el aliento, ó el desengaño en las materias de la fé, así como pedían las turbaciones de la Iglesia por los secuaces del error. En todos sus escritos emplea la Escritura sagrada diestramente, penetra el sentido, descubre las verdades, halla en las expresiones simbólicas las imágenes brillantes de los profetas y las figuras de los misterios; conoce desde luego la dificultad de los puntos que trata, y los trata siempre con majestad, con claridad, con cultura, con erudicion, con modestia, con humildad y con una viveza penetrante que llega hasta el corazon; cada palabra suya es una espada de dos filos, es una flecha de salud. El ha sido mirado como el padre de la fe ortodoxa; como una regla inmutable de la verdadera fé. Así han hablado de Atanasio los principales héroes del cristianismo.

Nosotros oímos todo esto de las virtudes, de los trabajos, de los servicios de Atanasio por la Iglesia; y si no nos aprovechamos de estos ejemplos, nos hacemos más culpables. Tres cosas debemos considerar atentamente en los santos; primera, los socorros que nos alcanzan del Señor por su intercesion poderosa; segunda, los ejemplos de virtud que nos han dejado; tercera, la confusion de que nos cubren cuando no seguimos esos ejemplos. Los santos han sido lo que somos nosotros, y nosotros podemos ser lo que ellos son, si hacemos lo que han hecho. La preocupacion ó el error que nos domina y nos hace ser precisamente unos admiradores ociosos de las acciones de los santos, consiste en pararnos á considerar aquello que hay de brillante en su vida, los milagros, las profecias, los extasis, las austeridades, la renuncia de sus bienes: aquí nos detenemos cuando leemos su historia ó cuando oímos su elogio; y al ver estas cosas tan

grandes nos admiramos y decimos: estos han sido unos hombres singulares: ¿quién los podrá imitar? Pero quitad de esas historias todo lo que hay de misterioso y de extraordinario, porque esto no es de esencia de la santidad, y encontrareis que las virtudes de los santos siempre han sido las mismas, una fé viva, una esperanza firme, una caridad ardiente: todos han mostrado celo por la Iglesia, paciencia en los trabajos, buena fé en el comercio, integridad en las costumbres, desprendimiento de los bienes temporales, generosidad en perdonar las injurias, moderación en la prosperidad, compasion en las aflicciones de sus hermanos; y cuando se nos exhorta á imitar á los santos, no se nos dice que nos distingamos por acciones milagrosas, sinó por costumbres cristianas; no que busquemos la vida extraordinaria de los anacoretas, sinó que sigamos la vida comun que nos señala el Evangelio. Así, cuando la santa Iglesia nos propone el grande Atanasio para la imitacion, separa de él aquellos penosos viajes que hizo, aquellos combates fuertes que sostuvo, aquellos destierros prolijos á que fué condenado, aquellas obras prodigiosas que escribió: para todo esto le dió el Señor celo, talento, firmeza, así como exigian las empresas á que le habia destinado; pero ello era extraordinario: Dios le confió esas empresas; y las que nos confia, las que nos manda seguir, en las que hemos de imitar á Atanasio, son diferentes. Éstas son las virtudes iguales que encontramos en él; el amor á Dios, el celo por su gloria, la caridad con el prójimo, el desprendimiento de las cosas temporales, la humildad cristiana, la paciencia en los trabajos, el perdon de las injurias, la disposicion para sufrirlo todo, para emprenderlo todo, para sacrificarlo todo ántes que faltar á la pureza de nuestra santa fé; la cautela en nuestros pasos, la modestia en nuestras acciones, la moderacion en nuestras palabras. Esto es lo que tenemos y lo que debemos imitar: esto es lo que Dios nos pide, dándonos al mismo tiempo sus auxilios. Para esto mismo nos servirá la proteccion de Atanasio, que seguro de su felicidad, está solícito de la nuestra; la devocion verdadera, que consiste en la imitacion de estas virtudes, le empeñará cada dia más en nuestro favor, para alcanzarnos aquí los auxilios de la divina gracia, y despues el descanso eterno de la gloria. Amen.

PANEGÍRICO
DE SAN ATILANO, OBISPO DE ZAMORA.

Sicut tenetbra ejus, ita et lumen ejus.

Oscuridad y claridad son para ti una misma cosa.

(PSALM. 138, v. 12.)

Aunque Dios sea admirable siempre en sus santos, es, no obstante, cierto, que nunca se hace admirar más, que cuando por los intereses de su gloria y la salvacion de su pueblo, produce aquellos hombres extraordinarios, salidos de las tinieblas del retiro, donde se habian sepultado, para presentarse en la Iglesia, y desempeñar los altos designios de su providencia. En las obras maravillosas que hacen, se reconocen ciertos rasgos de la mano maestra que los ha formado; y por una misteriosa mezcla de virtudes brillantes y oscuras, glorifican al Padre celestial en las diferentes situaciones en que los ha puesto. La soledad donde se han formado, y la Iglesia en medio de la cual resplandecen como soles, llenándola de su pura luz, admiran igualmente los prodigios con que el Altísimo se ha dignado honrarlos.

No diré cosa alguna, hermanos míos, de que la soledad y la Iglesia no den testimonio glorioso al esclarecido Atilano, obispo dignísimo de Zamora, cuando digo, que habiéndole visto siempre con admiracion, reconocieron aún más que mostraron los prodigios que la omnipotente gracia del Señor habia obrado en su persona. Oculto, primeramente, entre las sombras del retiro, para esconderse á los ojos del mundo, y presentándose despues en medio de él para convertirle y edificarle, se hizo igualmente maravilloso. En la soledad, ¡qué austeridades, qué humildad, qué olvido de las criaturas, y qué afecto al Criador! No amar más que el recogimiento, la penitencia y

la oscuridad ¡qué tinieblas! En la Iglesia y en medio del gran mundo hacer frente al error, sostener los derechos de la esposa del Cordero, dispensar á toda clase de personas la sana doctrina, velar por todas las necesidades, y proporcionar recursos á todas las miserias de su pueblo; ¡qué lleno de luces!

Dios le llevó á la soledad, para ser en su vida oscura y retirada un prodigio de santidad y de virtud; así lo vereis en mi primer punto. Dios le dió á su Iglesia para ser en su vida pública un prodigio de celo y fortaleza; así lo vereis en mi segundo punto. Pidamos los auxilios de la divina gracia: *A. M.*

La soledad tiene ciertas delicias; los que viven en ella abismados en la contemplación de la divinidad, sin mas objeto ni esperanzas que lo eterno é invisible, son los únicos que saben estimar sus ventajas, comprender y disfrutar sus dulzuras. Hay algunos que se refugian á la soledad como á un asilo; otros, que escuchan á Dios en ella como en su escuela, y otros, que le poseen y se regocijan con él como en su santuario. Es un asilo para los tímidos, una escuela para los discípulos, y un santuario para los perfectos: un asilo contra las tentaciones y peligros del mundo, una escuela contra sus errores é ignorancias, y un santuario contra sus extravíos y distracciones. ¿De cuántas tentaciones y peligros se libertó Atilano en este asilo? ¿Cuántas eminentes virtudes aprendió en esta escuela? ¿Qué uniones tuvo con Dios en este santuario?

Nacido en Tarazona de Aragon, hijo como el Precursor de Jesucristo de las oraciones de unos padres sólidamente cristianos, desde sus más tiernos años parece destinado á triunfar de todos los vicios y pasiones. Temeroso de Dios como Tobías, observador de sus leyes como Daniel, tan asistente al templo del Señor como el profeta de Silo, formaba las delicias de los autores de su ser, y era objeto de edificación para todos sus contemporáneos. En su corazón andaba la inocencia, brillaba en sus palabras la verdad, la prudencia dominaba todas sus acciones, precedía todos sus pasos la justicia, reinaba en sus juicios la rectitud, y nada había en él que no fuese fruto de una consumada madurez. Complacido el Cielo de las bellas disposiciones de aquella tierna alma, la llama al retiro del santuario; y Atilano, formando un juicio recto sobre lo temporal y eterno, exclama: Dios mío, Vos me llamais con la voz de vuestra gracia eficaz; yo os escucho, y os sigo. Si es necesario para complaceros apartarme del seno de mi familia, dejar mi patria, sepultarme en horrorosos desiertos, teñir las rocas con la sangre de mis maceraciones, y

que las montañas y cavernas resuenen con mis profundos llantos y gemidos, aquí me tenéis, ni un momento me detengo en decidirme. Dadme, Dios mío, alas de paloma para volar y esconderme en el desierto; haced que no piense mas que en Vos; no dejéis expuesta mi debilidad á las olas borrascosas de un mundo agitado por los vientos furiosos de falsas doctrinas, ni á la calma letárgica de un indiferentismo criminal, propio de los réprobos. Así se explicó Atilano, y á los quince años de su edad huye de la casa paterna, y se refugia al asilo seguro de un monasterio del órden de S. Benito, cerca de Tarazona.

Consagrado con los votos monásticos, acreditó con su fervor, con su observancia regular, con su admirable ejemplo, la verdad de su vocacion y la firmeza de sus propósitos. ¡Oh! cuán admirable se ostentó la virtud de Atilano en aquel misterioso retiro! Creyérase ver en él resucitados los Pablos y Antonios, los Macarios é Hilariones, y todos aquellos héroes de la vida monástica, que en tiempos anteriores asombraron al mundo con sus pasmosas acciones. Su silencio no se interrumpía más que con la armonía de los cánticos sagrados; su oracion no conocia otra tregua que la necesaria para leer los santos libros; su humildad confundía á los más perfectos; su obediencia admiraba á los más fervorosos; y los más penitentes hallaban mucho que aprender en su asombrosa austeridad. En él brillaba aquella caridad que nunca se cansa, aquella benignidad que jamás se debilita, aquella paciencia que permanece siempre inalterable. Benefico sin igual, se le encontraba siempre dispuesto á servir y favorecer al que necesitase sus auxilios. Sensible en alto grado, no había dolencia que no procurase aliviar, ni pena que no intentase consolar, ni género alguno de sufrimiento que no tolerase á trueque de evitarlo en sus prójimos. Así atendía nuestro fervoroso Atilano á hacerse digno de su santa vocacion, cuando penetró en su monasterio la fama de santidad en que vivía San Froilán.

Quiso nuestro Santo asociarse á aquella antorcha, que á la zazon brillaba en las montañas de Leon. Despues de haber consultado con el Cielo, pidió y obtuvo licencia de su prelado, y corrió el nuevo Eliseo en pós del nuevo Elias, á llenarse de su espíritu y beber su santo celo. Atravesaba terrenos quebrados, profundos valles, sin temor del alfanje africano, que por do quiera persigue á los discípulos de Jesucristo; tolera las molestias de la intemperie y se hace insensible á las fatigas y al cansancio por hallar á aquel hombre extraordinario. Pero inútilmente busca día y noche. Froilán parece huir de su presencia; clama al Señor, y éste parece sordo á sus gemidos. Por fin, su constancia vence todos los obstáculos y logra el éxito de

sus ansias. Encuentra á Froilán en el monte *Curcurrino*, y se queda en él para aprovecharse de su direccion en la vida del yerbo. ¿Habeis observado como se unen el iman y el hierro, y como corren uniformes las aguas hácia su centro? ¿Veis como los vástagos de la vid se enlazan, se estrechan, se fortifican, se comunican su energía, y hacen una alianza difícil de romperse? Pues estos símiles os harán conocer lo que pasó en la primera vista que tuvieron Atilano y Froilán. Ambos se propusieron meditar la ley santa del Señor, y excitarse á los rigores de la evangélica mortificación, á las austeridades de la penitencia y á los ejercicios asombrosos de los anacoretas. Su mente estaba siempre ocupada en las cosas del Cielo, y ni siquiera se acordaban de que eran unos seres mortales que necesitaban proveer á su existencia. Solo aquel Dios, que se complacia en contemplar las ilustres victorias que diariamente reportaban en la soledad, y los ángeles que recogían los laureles ganados en su heroica lucha, serian capaces de decirnos, cuánto era el valor de aquellos corazones magnánimos, cuán grande su fortaleza para contrarrestar á los rudos ataques del enemigo de su felicidad.

No es extraño que los pueblos concurren con avidéz á admirarlos en su soledad. Atraídos por su asombrosa virtud, acudian á ellos, imploraban su caridad, reclamaban como hijos del Crucificado sus auxilios, se ofrecían á vivir como ellos. Inspirados del Cielo edificaron el célebre monasterio de Morcuéla, donde se reunieron más de doscientos monjes, bajo la regla del gran S. Benito: S. Froilán fué su abad, y S. Atilano su prior. ¡Venturosa soledad! se han cumplido en tí los oráculos proféticos. Todo en tus horrendos bosques se trueca en delicias inefables. Donde poco hace no se oía más que el espantoso rugido de las fieras, y el pavoroso bramido del huracán, se escucha ahora el suave acento de los salmos y la armonía de las divinas alabanzas. Entre tanto el catolicismo se llena de gloria, adquieren nuevo prestigio sus adorables máximas, acrecientase la observancia de los consejos evangélicos, y revive el antiguo fervor de los claustros. Se ve, pues, que Atilano fué en su vida privada un prodigio de santidad y de virtud, en unos tiempos los ménos á propósito para practicarla, porque nuestra pátria, obligada á vivir en continua lucha con el poder sarraceno, no pensaba más que en defenderse, ó en arrojarse al yugo bajo el cual gemia: Hablemos ahora de su vida pública.

No quiso Dios que estuviesen ocultas las principales antorchas de santidad con que se dignó iluminar á nuestra pátria, en los tiempos de sus mayores calamidades y desgracias. San Froilán fué colocado en

la silla episcopal de Leon, y San Atilano en la de Zamora. Uno y otro fueron consagrados en la Pascua de Pentecostés del año 900. ¿Obispos los humildes penitentes del desierto! ¿Qué adorables son los designios del Señor! Ya, Dios mio, han dejado de ser vuestros siervos Froilán y Atilano, los llamais vuestros amigos: habeis puesto en ellos todo cuanto una naturaleza mortal puede llevar de vuestra gloria, de vuestra magnificencia, y de vuestro poder sobre el corazon y pensamientos de los hombres; y ellos adoran vuestra providencia, obedecen vuestra voz, dejan su amada soledad, y marchan á cumplir vuestras órdenes celestiales. Atilano entra en Zamora como un enviado del Señor, se presenta á sus ovejas, las trata con la mayor dulzura, les manifiesta su entrañable amor, se ofrece á dirigir las por los caminos de la virtud á la feliz eternidad; y haciéndose dueño de los corazones de sus hijos, logra reformar las costumbres.

Bien pronto cayeron sobre su diócesis todo género de infortunios. Por una parte, la esterilidad de los campos arrastraba en pús de sí el hambre, la miseria y todas las desgracias á ella consiguientes. Por otra, la epidemia sembraba por dó quiera el luto y la muerte. Tras de esto, el bárbaro Almanzor talaba provincias enteras, entraba á sangre y fuego en el reino de Leon, y á manera de un impetuoso torrente, no dejaba tras sus huellas más que sangre y exterminio. ¿Qué grandeza de alma no era necesaria para hacer frente á tantos reveses? Atilano acude al remedio de sus ovejas, que no tienen ni pueden esperar otro consuelo, en tan apurados lances, que el que sabe proporcionar la religion. A los unos explica los recónditos arcanos de la Providencia, que se sirve de las adversidades para purificar á sus criaturas, ó hacer prueba de su fidelidad, ó reducir las por medio del castigo á la senda de la salvacion que abandonaron. A los otros inculca la necesidad de someterse á los incomprensibles decretos del Señor con humilde resignacion, ahogando los gritos de las pasiones, dispuestas siempre á blasfemar de lo que no está en armonia con sus depravados deseos. A estos les exhorta á desarmar con la penitencia y el arrepentimiento la mano invisible que les hiere. A aquellos les demuestra que las tribulaciones son el camino más seguro para llegar á poseer los goces de la inmortalidad. Ahora está á la cabecera del enfermo para atenuar la acerbidad de sus dolores con palabras dulces y paternales. Luego corre al lecho del moribundo para animarle á dejar sin duelo una tierra de amarga esclavitud, en donde todo es llanto y padecer, con la confianza de gozar en breve las inefables delicias del Paraíso. En una palabra, Atilano es el gran géneo que vela por todas las necesidades y proporciona recursos á todas las

miserias. El pobre halla en él un protector, el desgraciado un apoyo, la viuda un consolador, el huérfano un padre, el débil su defensa, el perseguido su refugio, el enfermo su salud; y las miserias todas una providencia dispuesta siempre á extender sobre ellas su mano bienhechora, á calmar los pesares, á remediar los infortunios y á llevar donde quiera la paz de Dios y la alegría del corazón.

Nunca empero demostró tanto el heroísmo de su gran corazón, como cuando vió destruida por los moros la misma ciudad de Zamora, sede de su obispado, y reducidos á cenizas sus templos. Léjos de huir de aquel teatro de desolacion, ni un momento abandona á sus ovejas; por el contrario, redobla todo su celo pastoral para prodigar á sus hijos cuantos consuelos le inspira su ternura. ¿Qué hubiera sido de aquel pueblo á no haber tenido por obispo á nuestro celosísimo Atilano? ¿Cómo hubiera podido sobrevivir á tantos desastres y á su completa destruccion, si ese hombre que le fuera dado por la Providencia, no hubiese fortalecido los ánimos de aquellas tristes víctimas del alfanje sarraceno? Diez años de heroica perseverancia costó á Atilano la regeneracion de su pueblo; diez años de penas y fatigas, de resignacion y paciencia le dieron por fruto el ver restaurado en su diócesis el culto del Señor, renovadas las buenas costumbres, rectificadas los hábitos, y la sociedad no ménos brillante que antes de la invasion de sus bárbaros opresores.

Sosegada esta tormenta y restituida la bonanza á su Iglesia, proyecta hacer un viaje á los santos lugares de Jerusalén para satisfacer su devocion, visitando aquellos sitios consagrados con las huellas del Salvador de los hombres. Antes de partir bendijo á sus diocesanos; y dejando arreglada la administracion espiritual y temporal de su Iglesia, salió en traje de peregrino, y llegado al puente que hay sobre el Duero, arrojó á las aguas su anillo pastoral, diciendo: «Cuando te vuelva á ver estaré seguro de que Dios me ha perdonado.» Por la Palestina andaba con un solo compañero, iba desprevenido aún de lo necesario para su subsistencia, y pedia limosna de puerta en puerta como los demás peregrinos. Dos años ocupó en este penoso trabajo; y habiendo despues consultado con el Cielo, como acostumbraba, oyó una voz celestial que le llamaba de nuevo al seno de su Iglesia. Atilano no vaciló un momento en someterse á los decretos de la Providencia, venció heroicamente la repugnancia que le causaba el volver á las espinosas tareas del obispado y sacrificó gustoso su devocion al bienestar y utilidad de sus ovejas. Vuela pues en alas de su celo hácia España, llega al anochecer á las cercanías de Zamora y pasa la noche en la ermita de San Vicente. Hospedáronle

los ermitaños, que eran marido y mujer, y partieron con él su cena. A la mañana siguiente fueron á la casa del obispo por la limosna que cada dia les daban; y pidiendo tambien para el huésped, les dió el mayordomo un pez grande, el cual entregaron á Atilano para que le abriese miéntras ellos iban por lumbre y agua. Abrióle el siervo de Dios, y dentro de él halló el anillo que dos años antes arrojára al rio. Hincóse de rodillas, y levantando las manos al Cielo, exclamó lleno de amor y de agradecimiento: ¡Cuándo, Dios mio, merecí yo ver tus divinos auxilios en medio de mi tribulacion? Bendito seas eternamente, porque Tú solo obras semejantes maravillas, y consuelas de este modo á los que te sirven con corazón contrito y humillado. Acabada esta oracion, se vió el Santo milagrosamente vestido con las ropas pontificales; se tocaron por sí solas todas las campanas de Zamora, infundiendo un gozo celestial en los corazones de las gentes. Se difundió por todas partes la voz de que habia llegado el santo obispo, y todos corrieron á postrarse á los piés de su padre, de quien por tanto tiempo se habian visto privados.

Así demostró el Señor la santidad de Atilano; de este modo manifestó lo agradable que le habian sido sus pasos y sus virtudes. Ann vivió siete años con sus amados zamoranos, derramando sobre ellos las mayores gracias y beneficios. El último periodo de su santa vida en nada desmereció de las épocas anteriores: fué siempre celoso de la gloria de Dios, defensor ardiente de la verdad, amante de la justicia, dispensador fiel é incansable de la doctrina evangélica; fuerte en sostener los derechos de la Iglesia, magnánimo para hacer frente al error, el modelo en fin del obispado católico. Por último, llegó el gran dia del premio y de las recompensas: murió con la paz de los justos y su bendita alma voló á la mansion de la gloria.

Mostrémonos, hermanos míos, agradecidos al que tan portentosamente supo hermanar las calidades del hombre privado con las del hombre público, y no se ostentó ménos grande cuando en la soledad se consagraba á las pacíficas ocupaciones de monje, que cuando como obispo dirigia una grey numerosa, entre las asperezas de una época sembrada de peligros. Vigilante sobre sí mismo, hizo brillar todas las bellezas de la religion, llevando hasta el heroísmo su austeridad, su obediencia, su humildad, y las demás virtudes que constituyen la perfeccion evangélica. Celoso del bien del prójimo, desarrolló en favor suyo toda la solicitud de que era capaz su corazón, que no ansiaba otra felicidad que la gloria de Dios y la salvacion de las almas. Imitemos estas virtudes, y como él llegaremos á disfrutar de la gloria.

Santo glorioso, alcanzados del Señor que imitemos vuestros ejemplos; haced que como vos busquemos un asilo contra las inquietudes del mundo, una escuela contra sus ilusiones, y un santuario contra su indevoción; que todos vivamos cual cumple á buenos católicos, vigilantes sobre nosotros mismos, y no ménos atentos á conservar la gracia del Señor, para que de este modo nos hagamos dignos por vuestra intercesion de los favores celestiales, merezcamos vuestra recompensa, y lleguemos á disfrutar de vuestra misma gloria. Amen.

ADRIANUS DE PRIMO PONTIFICIS VICE-GERENSIS
 PANEGÍRICO
 DE SANTA BÁRBARA.

Exemplum virtutis et fortitudinis.

Dechado de virtud y de fortaleza.

(II MACHAB. 6. v. 31.)

Razon tuvo el gran padre de la Iglesia san Ambrosio, de llamar á esta esposa amada del Salvador campo fértil y abundante, heredad del Señor fecunda en santidad y virtud. Como Jesucristo la fundó sobre las ruinas de la Sinagoga, quiso darle una prueba de su amor, colocando en su seno personas de todas clases, estados y condiciones, dotadas de aquellas gracias y prendas admirables que forman el carácter de sus escogidos. El pueblo de Israel, en otros tiempos era un pueblo de eleccion, donde parece que el nacimiento hacia el mérito de sus individuos; pero la Iglesia ó sociedad cristiana, al paso que goza de otras más nobles prerogativas, como establecida sobre principios más altos, no deja de ser más universal en su vocacion, abrazando en su centro á cuantos la gracia, que es el principal distintivo y el primer móvil de sus operaciones, atrae, conduce y suavemente arrastra á la profesion y observancia de su moral y de su religion; ¡Qué de ejemplos os pudiera referir de toda clase de personas, en quienes esta gracia triunfó admirablemente y que fueron un testimonio de su poder en gloria del Crucificado! Nuestro Dios, en los arcanos soberanos de su eterno consejo, tiene sellados los destinos infalibles de sus criaturas, y todos los medios que parecen desproporcionados á la prudencia humana, son oportunos y aptos para la ejecucion de sus designios; como que tiene sus mayores delicias en hacer conocer al mundo que ni el estado, ni el sexo, ni el nacimiento, ni la edad, pueden frustrar sus decretos, cuando elige para vasos de honor y de gloria los que parece habian nacido vasos de ignominia y de contumelia. No obstante que su providencia dispone con suavidad el régimen y direccion de sus criaturas, proporcionando los efectos segun la exigencia de las causas; con todo,

muchas veces por una demostración de su poder y de su amor, deja las sendas comunes y regulares, y se complace en formar sus obras de un modo muy particular, extraordinario y desusado.

La Santa que en este día veneramos, es un testimonio prodigioso de la gracia del Señor, y una prueba la más enérgica de su bondad y de su amor. Él la escogió para esposa suya, previéndola con aquellas bendiciones y carismas que la hicieron digna de su agrado y complacencia. Ni lo delicado de su sexo, ni su edad tierna, ni la profesión de sus padres, ni los errores de sus deudos, en que nació envuelta, pudieron impedir que el Señor pusiese los ojos en su sierva, y la adornase de las más altas y relevantes prendas de sus celestiales dones. Como rosa fragante entre las espinas, y como astro luciente en medio de la niebla, se levanta Bárbara superior á sí misma, siendo á la vista del mundo espectáculo de admiración y de asombro. El esposo dulcísimo de las almas la plantó por su misma mano en los primeros años de su edad, como una flor temprana en el ameno jardín de la Iglesia, coronándola con la duplicada diadema de virginidad y martirio, para que fuese á los siglos venideros un ejemplar el más raro de virtud y fortaleza. La gracia, que es la joya preciosa con que se enriquecen las almas, la hizo ejemplo de virtud. La gracia, que mueve los corazones y los llena de un celestial ardimiento y de un vigor más que humano, la hizo ejemplo de fortaleza. Y ved ya en breve delineado el plan de mi discurso en este rato. Una virgen prodigiosa en su vida, primera parte; una virgen admirable en su muerte, segunda parte: en su vida, por lo singular de su virtud; en su muerte, por lo extraordinario de sus martirios. Bárbara viviendo, es ejemplo de virtud; Bárbara muriendo, es ejemplo de fortaleza. Pidamos los auxilios de la gracia. *A. M.*

Siempre es el Señor admirable en sus santos; pero lo es mucho más cuando eleva á la santidad aquellas almas, que parecen haber nacido totalmente para el mundo. Hay en la naturaleza ciertos atractivos tan poderosos para el mal, que es menester una particular gracia para sofocarlos. Ser cristiano y hacer profesión del catolicismo quien ha sido educado en el centro de la Iglesia; ser humilde y despreciado aquel á quien el Cielo negó estos bienes que llamamos de fortuna; ser casta y pura una persona á quien se promete galardón y corona inmarcesible por su pureza, ó que abrazó por elección un estado, donde toda la mira es conservar esta virtud para que no se empañe el cristal de su limpieza; son efectos ordinarios de la gracia, que si bien merecen nuestra atención, porque al fin son el

cumplimiento de la ley, causan asombro, me atrevo á decirlo, ni se celebran como prodigio. Pero no avergonzarse de la Cruz, sino seguirla con gusto y con ostentación; abandonar las riquezas y con veniencias del siglo, que fomentan y encienden con tanta fuerza el espíritu mundano y divertido; negarse á los gustos mas halagüeños y seductivos de la carne una alma que nació en las delicias, en el regalo, en las riquezas, en una religión que hace mérito del deleite; esto es lo que me parece asombroso, y esto es puntualmente lo que ejecutó nuestra Santa.

Ella abrazó desde su tierna edad la religión cristiana, sin embargo de tener un padre tan adicto á las leyes del gentilismo, que era uno de los mayores perseguidores de Jesucristo. Dióscoro parecía, por su poder y condicion altanera y feroz, un monstruo del abismo, para atraer á la superstición ó idolatría á cuantos tenia al alcance de sus fuerzas y facultades; Bárbara, por el contrario, dócil á las impresiones del Cielo, nada aborrecía más que aquellas obras de los hombres, y que se quemase incienso á los demonios. Dióscoro no perdía punto en instruir á su hija, segun las máximas execrables de su moral pagana y corrompida; Bárbara se valia de todas las criaturas para descubrir la mano invisible del que las crió, y á quien solamente se deben nuestros homenajes, cultos y adoraciones. Dióscoro, cuidadoso en la disciplina de su hija conforme á los ritos de sus padres y mayores; Bárbara, diligente en despreciar aquellos falsos documentos tan opuestos á la unidad de aquel Dios, que iba rayando con sus luces en su alma. Estos simulacros, se decía á sí misma, estos simulacros de piedras y de mármoles, estos leños secos é inanimados; ¿es posible que sean autores de la belleza de los cielos, de la hermosura de los astros, del curso de los planetas, de la producción de las plantas, de la animación de los vivientes? ¿Cómo es dable? Vos, Señor de cielos y tierra, Vos solo sois el Dios de mi corazón: Vos solo sois el criador del mundo, y solo Vos habeis podido fabricar esta admirable hechura del universo, y extraer del abismo de la nada esta prodigiosa multitud de criaturas, que son el embeleso de los sentidos y el íman de mis potencias. Abrid, Señor, los senos tenebrosos de mi entendimiento, para que yo conozca con claridad la luz que empieza á rayar en mi alma. No tardó el Señor en oír los ruegos de su sierva que tan justamente le pedía; y proporcionándole un maestro tan célebre y erudito como el grande Orígenes, que á la sazón se hallaba en Alejandría, recibió de este grande hombre, por comunicación secreta y epístolas familiares, los documentos necesarios para su instrucción y enseñanza.

Yo no puedo en el corto espacio que se permite á un panegirico, detenerme en referiros por menudo todos los lances de su vida, ni ménos en haceros relacion circunstanciada de sus virtudes. Baste deciros, que Dióscoro, su padre, dió sin pensarlo ocasion para que desahogase Bárbara el ardor de su espíritu, y, como paloma inocente, batiase las alas de su corazon, y enviase sus suspiros al Cielo, para que su divino Esposo oyera sus aflicciones. Dióscoro, por extremo celoso de su hija, la encerró en una torre para resguardo de su belleza. Era nuestra Santa de una hermosura tan peregrina, que cautivaba á cuantos la miraban. Juntábanse á la perfeccion del cuerpo las prendas amables de su alma, un entendimiento despejado, una imaginacion feliz, una condicion apacible, un genio dulce y suave, una discrecion admirable; motivos todos de complacencia en los extraños y de embeleso y delicia en su padre, que tan tiernamente la amaba. Luego que llegó nuestra Santa á la edad de doce años, determinó su padre darle cuenta de sus intentos en orden al matrimonio, por haber tenido de personas calificadas de la ciudad diferentes demandas. ¿Cómo os parece quedaría el corazon de Bárbara á una propuesta semejante de un padre, por una parte, ídolatra de su hija, y por otra, esclavo de su misma condicion fiera é inhumana? ¿Qué haria esta casta doncella en tal conflicto? ¿A quién acudiria su angustiado interior, habiendo de disgustar á su padre, y aún irritarle, si le declaraba el motivo de su repugnancia á un estado tan competente á su persona?

No temais, oyentes: El Espíritu Santo que obraba en el secreto de su alma con superior impulso, le inspira unas palabras dignas de escribirse en láminas de bronce. No cabe negar, padre mio, le dice, lo mucho que os debo; pero en la proposicion que acabais de hacerme, no puedo obedeceros. Harto siento daros este disgusto; sirvame de disculpa el no ser conforme á razon que por casarme con un hombre mortal, pierda un celestial y eterno esposo. ¿Qué os parece, hermanos, de la respuesta de nuestra santa niña? ¿Qué juzgais de su intrepidez en una materia, en que son los deseos tan halagüeños y tan fácil el consentimiento? Atónito Dióscoro con semejante razonamiento, sállese del aposento, si bien con algún enfado, pero confiado en que el recato y los pocos años de Bárbara, que le inspiraban tales proyectos, no dejarían de mejorarse en adelante y dar satisfaccion á sus deseos. La casta virgen viéndose libre de aquella borrasca que se habia levantado en su alma, ofrece á su esposo Jesús su corazon, se entrega enteramente á sus divinas disposiciones, le sacrifica su pureza, y con voto de perpetua virginidad se enlaza dul-

cemente con su Dios. ¡Y qué! ¿pensareis acaso, que paró en esto el ardimiento de Bárbara y la libertad de su espíritu conforme á los consejos y preceptos evangélicos? No por cierto: no quisiera molestaros ni abusar de vuestra paciencia; no puedo, empero, dejar de haceros presente aquel pasaje de su vida, que le dió ocasion á su gloriosa muerte. Manda su padre fabricar en medio del jardin donde tiene á su hija, un suntuoso baño para su recreo y regalo, y ordena á los artifices que abran dos ventanas que den luz á aquella estancia. Bárbara, con sus ruegos, puede recabar de los oficiales que añadan tercera ventana á las dos que ordenó Dióscoro, para tomar de aqui ocasion de hablar con su padre del fundamento de nuestra fé en el número misterioso de aquellas tres ventanas. Luego que Dióscoro entra en el baño, pregunta la causa de aquella novedad, que no era segun sus órdenes. No os inquieteis ni alteréis, padre mio, le responde Bárbara: en estas tres ventanas que veis, está representado el misterio más augusto y necesario para nuestra salvacion; él ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y sin él todos los esfuerzos de nuestro corazon son infructuosos é inútiles; es preciso confesar tres personas distintas en unidad de esencia, Padre, Hijo y Espíritu Santo y un solo Dios verdadero. La segunda que es el Verbo eterno, se vistió de nuestra naturaleza en el seno castísimo de una virgen, y nos rescató con su muerte de la esclavitud del demonio. Los ídolos del gentilismo no son más que simulacros de Satanás, tan despreciables como la materia de que se componen. Esta es la creencia indispensable; esta es la base de la religion católica; y esta es la fé que tengo radicada en mi alma, y por la que daré la vida mil veces, si es necesario rubricarla con mi sangre. No queda un leon tan furioso, herido y atravesado con la flecha del cazador, como quedó Dióscoro, irritado y encendido en cólera al oír las palabras de su hija que le penetraron el alma. Por sí mismo, determina hacerse juez y verdugo de su causa; quiere sacrificar por sus propias manos á la inocente doncella en ódio de la fé que profesa. Bárbara ofrece sus manos puras y su corazon immaculado en hostia y holocausto á aquel Señor, que se complace en la pureza de sus siervos; y despues de haber dado al mundo un ejemplo de virtud en la carrera de su vida, lo dió de fortaleza en la consumacion de su martirio y en la hora más preciosa de su muerte.

Imaginaos desde luego á Dióscoro como una fiera embravecida, más cruel que cuantos tiranos reconoce la antigüedad en las historias. Cuando aún los mismos brutos exponen su vida por sus propios hijos, él maquina todos los medios de acabar con la de su ino-

centé hija: él la coje entre sus manos, y para saciar su barbarie y fiereza la arrastra con inhumanidad por el suelo, descarga crueles golpes sobre aquel tierno y delicado cuerpecito, bañando en sangre su angelical rostro con fuertes y repetidas bofetadas; y aún pareciéndole poco lo ejecutado, determina dar aviso al presidente que juzgaba la causa de los cristianos. ¡Fiera inhumanidad de un padre, que tuviese entrañas para ejecutar semejantes atrocidades en una tierna doncella de tales prendas, que solo el mirar su angelical rostro, era bastante para ablandar corazones de piedra! Más que de bronce era el de Dióscoro, pues no contento con los castigos referidos, la entrega en poder de Marciano, que en aquella ciudad y provincia hacía las veces del César: él mismo se ofrece al presidente de ser fiscal severo de aquella causa, hasta que á fuerza de tormentos abandonase Bárbara la ley del Crucificado y adorase las fabulosas deidades.

Preséntase Bárbara delante de Marciano. A vista de su hermosura queda turbado y confuso el presidente; y recibe tal impresión en su ánimo, que se duele y siente tener ocasión de condenar una belleza tan amable. El la habla con ternura y caricias para reducirla á sus intentos; pero Bárbara, más firme que un peñasco, que no recibe la menor alteración al golpe de las ondas, confiesa libremente al Dios de Israel, y protesta, que ni palabras, ni promesas, ni amenazas, ni halagos, ni cariños podrán hacer vacilar su constancia. Por más que Marciano, mudando de rumbo, le proponga rigurosísimos tormentos; por más que la persuada que confesar la ley de Cristo era echar un borron á su nobleza y denigrar la fama y esplendor de sus antepasados; que era malograr su hermosura y su tierna edad, viniéndola á perder ignominiosamente y siendo homicida de sí misma en desgracia de su padre, del emperador y de los dioses; no puede recabar de esta heroína ni una palabra aún indiferente en materia de religión; antes detestando la inicua proposición del juez, le responde intrépida y esforzada: Yo ofrezco mis sacrificios al verdadero Dios, que crió los cielos y la tierra con todo cuanto en ellos se contiene: á Él solo se le debe el honor y la gloria, no á las falsas deidades, que tú y otros semejantes ciegos á la razón y á tan soberanas luces adoráis. No temo ni á tus dioses, ni al César, ni á mi padre: todos vosotros solo tenéis poder sobre mi cuerpo; mas no podeis hacer el menor daño á mi alma.

No pudo resistir Marciano á la fuerza de las palabras de Bárbara; y cerrando los ojos á la razón, se mudó en fiero y cruel el que antes se había mostrado tan blando y tan compasivo; y así, entregándola á los ministros de justicia, mandó que la despojases de sus ves-

taduras, y que con nervios de toro la azotasen cruelmente hasta despedazarla. Era una compasión mirar su delicado cuerpo destilar sangre á fuerza de los golpes que descargaban sobre sus virginales miembros. Solo al inicuo juez no causó lástima aquella carnicería, antes se avivó más su furioso rabia al ver la alegría y serenidad de semblante con que la santa doncella sufría tan rigurosos castigos. Para acrecentar los dolores, mandó que con ásperos cilicios le frotasen fuertemente las heridas y llagas del lastimado cuerpo. Con la violencia de este segundo suplicio, brotó la sangre por todas partes; y temiendo no quedase exánime, arbitró su malicia un nuevo tormento, aplicándole planchas de hierro ardiendo á los heridas para restañar la sangre que copiosamente corría. Cansado el prefecto de atormentarla sin fruto, la manda encerrar en la cárcel pública, reservando para otro día ejecutar mayores crueldades. ¡Que no pueda yo referiros sencillamente lo que pasó con nuestra Santa en aquel calabozo oscuro! El lenguaje puro de los ángeles que la asistieron, era necesario para hablar de aquella luz celestial, que iluminó la habitación de Bárbara; de aquella visita tan deliciosa, que le hizo su Esposo amante con un sin número de cortesanos de la gloria, recreando interiormente su alma y endulzando sus amarguras. ¡Qué palabras tan tiernas no oyó de boca del mismo Dios! ¡Qué vigor no infundió este Señor en su corazón! ¡Qué ardor no encendió en su pecho, superior á todas las potestades del Infierno! Su rostro quedó lleno de claridad y belleza, sus heridas sanas, sus miembros enteros como si jamás hubiesen sido maltratados, su alma deseosa de padecer por amor de su dulce Jesús que tanto la regaló con su presencia. Tal era la llama que ardía en sus entrañas, que le parecía larga y pesada la noche, porque la impedía y retardaba el saciar la sed de padecer por su amado. Animo, pues, aliento, casta doncella; prepárate á los más atroces tormentos que se leen en las historias. Marciano no espera más sino que amanezca el día para cebar su rabiosa furia en tu persona, y no omitirá trazas ni ardidés diabólicos con que martirizar tu carne, si no ofrecies incienso á los dioses.

Así fué puntualmente: viendo el juez que eran en vano sus persuasiones, amenazas é invectivas, con que segunda vez quiso vencer la constancia de Bárbara, y por otra parte, el desahogo y libertad con que ésta rechazaba sus propuestas, encendió en furia contra la Santa, manda al instante á los verdugos que con garfios y peines de acero le rasguen los costados. Ejecutaron solícitos aquellos sayones el mandato de Marciano, de suerte, que sacaban entre las aceradas puntas á pedazos las blancas carnes de aquel tierno y virginal cuer-

pecito, aplicándole para su refrigerio hachas encendidas, y los dolores sobrepujaban todo sentido; de manera, que para no desmayar, fué menester la fuerza del Espíritu Santo, que interiormente la confortaba. Ejecutada esta crueldad, para que no quedase martirio por padecer, ordenó que la atasen á un poste y con un martillo le golpeasen la cabeza y le quebrasen el casco y los huesos, y luego con agudos cuchillos le fuesen cortando los pechos á pedazos. ¿A qué me canso, hermanos? Concluyamos de una vez y admiremos la gracia de nuestro Dios, que en naturales tan flacos obra tantas maravillas. Superior se manifestó Bárbara á todos los tormentos que inventaron los tiranos, llenaba de asombro aquella constancia invencible en una niña de doce años, cuando los mismos verdugos quedaban avergonzados y rendidos en sus suplicios. Pero ¿cómo acabará su vida esta ilustre confesora de la fé de Jesucristo? Al filo de la espada. Pero ¿de qué espada? Me horrorizo al pronunciarlo: de una espada, manejada por su mismo padre, por el mismo que le dió el sér y la vida. Dióscoro, este mónstruo, esta furia del abismo, fué el verdugo de su hija. ¿Quién imaginaria tal barbarie en un padre? No pudiendo sufrir este feroz idólatra la constancia y la firmeza de Bárbara en la fé del Cristianismo, resolvió, con ánimo cruel y diabólico, ofrecer á sus dioses el cruento sacrificio de la prenda más amada; y cogiendo á la hija de los cabellos, y retorciéndole el cuello, cortó con el alfanje una vida que merecía durar eternidades. La flor hermosa de su cuerpo cayó al golpe del cuchillo, y su alma, como cándida paloma, voló al nido del esposo á descansar en los brazos de Dios. No pudo ver el Cielo sin horror atestado tan inhumano, y un rayo desprendido de una nube tenebrosa, abrasó con su llama al autor de maldad tan execrable. Dióscoro en el Infierno paga y pagará eternamente la pena de sus gravísimos crímenes; y Bárbara goza y gozará eternamente en el Cielo la corona de sus triunfos y el premio de su martirio.

Y una virgen á quien nuestro Dios amó tanto, ¿cómo puede dejar de ser medianera eficaz para con sus devotos? En los truenos, rayos, tempestades, huracanes y alteraciones del aire, Bárbara es el consuelo universal de quien la invoca, especialmente de los labradores, que tanto menoscabo reciben de los estragos del granizo y de la piedra. ¡Felices devotos de esta virgen, y más dichosos los que se esmeran en sus cultos y en promover la devoción de la Santa! Ellos conseguirán todos los bienes de fortuna y de gracia en esta vida, y en la otra la corona de la gloria, que á todos deseo. Amen.

PANEGÍRICO
DE SAN BASILIO, ABAD,
OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

In medio Ecclesie aperiet Dominus os ejus, et adimplebit illam spiritu sapientie et intellectus, et tunc gloria vestiet illum.

En medio de la Iglesia le abrirá el Señor sus labios, llenándole del espíritu de sabiduría y de inteligencia, y revistiéndole de un manto de gloria.

(ECCLES. 15, v. 5.)

¿Cuán difícil le es al hombre, el seguir constantemente el camino de la justicia, aún despues que Dios le ha puesto en él por su infinita misericordia! La perseverancia en el bien obrar es cosa tan importante en la vida espiritual, como la conservacion de la existencia fisica en la vida corporal; y si acto de un Dios criador es, el dar el sér á una criatura, no es ménos dón de Dios su conservacion; si acto sobrenatural y portentoso es, dar la vida de la gracia, acto no ménos sobrenatural ni ménos portentoso es la perseverancia en el estado de gracia. Sin embargo, el grande Agustín nos dice: «El que te crió sin tí, no te salvará sin tí.» Críonos el Señor sin nuestra cooperacion; pero no perseveraremos sin nuestra cooperacion. Dios nos ha criado en el estado de prueba; preciso es, pues, que seamos probados; la prueba hace ver lo que valemos, la prueba es la piedra de toque de nuestro mérito. Y ved, señores, porqué nuestro Dios supremo remunerador, nos ha colocado en este mundo como en un campo de batalla para que siendo fieles en la prueba, para que saliendo victoriosos en el combate con su gracia y nuestra libre cooperacion, seamos coronados y recompensados. Aún más. No basta vencer una vez sola, ni solas dos veces; deber nuestro es, vencer siempre; y solo el que perseverare fiel hasta la muerte, será salvo, segun el oráculo divino. La perseverancia en el bien obrar, la constancia, la firmeza, la fortaleza cristiana, es lo que perfecciona una vida virtuosa, lo